que la Dueña Dolorida entraba. Preguntó la Duquesa al Duque, si seria bien ir á recebirla, pues era Condesa y persona principal. Por lo que tiene de Condesa, respondió Sancho ántes que el Duque respondiese, bien estoy en que vuestras grandezas salgan á recebirla; pero por lo de dueña, soy de parecer que no se muevan un paso. ¿Quien te mete á ti en esto, Sancho? dixo Don Quixote. ¿Quien, señor? respondió Sancho, yo me meto, que puedo meterme, como escudero que ha aprendido los términos de la cortesía en la escuela de vuesa merced, que es el mas cortes y bien criado caballero que hay en toda la cortesanía; y en estas cosas, segun he oido decir á vuesa merced, tanto se pierde por carta de mas, como por carta de ménos: y al buen entendedor pocas palabras. Así es como Sancho dice, dixo el Duque: verémos el talle de la Condesa, y por él tantearémos la cortesía que se le debe. En esto entráron los tambores y el pífaro, como la vez primera. Y aquí con este breve capítulo dió fin el autor, y comenzó el otro siguiendo la mesma aventura, que es una de las mas notables de la historia.

CAPÍTULO XXXVIII.

Donde se cuenta la que dió de su mala andanza la Dueña Dolorida.

Detras de los tristes músicos comenzaron á entrar por el jardin adelante hasta cantidad de doce dueñas repartidas en dos hileras, todas vestidas de unos mongiles anchos, al parecer de anascote batanado, con unas tocas blancas de delgado canequí, tan luengas, que solo el ribete del mongil descubrian. Tras ellas venia la Condesa Trifaldi, á quien traia de la mano el escudero Trifaldin de la blanca barba, vestida de finísima y negra bayeta por frisar, que á venir frisada, descubriera cada grano del grandor de un garbanzo de los buenos de Mártos: la cola ó falda, ó como llamarla quisieren, era de tres puntas, las quales se sustentaban en las manos de tres pages, asimesmo vestidos de luto, haciendo una vistosa y matemática

figura con aquellos tres ángulos acutos que las tres puntas formaban, por lo qual cayéron todos los que la falda puntiaguda miráron, que por ella se debia llamar la Condesa Trifaldi, como si dixésemos, la Condesa de las tres faldas: y así dice Benengeli que fué verdad, y que de su propio apellido se llama la Condesa Lobuna, á causa que se criaban en su Condado muchos lobos, y que si como eran lobos fueran zorras la llamaran la Condesa Zorruna, por ser costumbre en aquellas partes tomar los Señores la denominacion de sus nombres de la cosa ó cosas en que mas sus Estados abundan; empero esta Condesa por favorecer la novedad de su falda dexó el Lobuna y tomó el Trifaldi. Venian las doce dueñas y la señora á paso de procesion, cubiertos los rostros con unos velos negros y no trasparentes como el de Trifaldin, sino tan apretados, que ninguna cosa se traslucian. Así como acabó de parecer el dueñesco esquadron, el Duque, la Duquesa y Don Quixote se pusiéron en pie, y todos aquellos que la espaciosa procesion miraban. Paráron las doce dueñas y hiciéron calle, por medio de la qual la Dolorida se adelantó, sin

dexarla de la mano Trifaldin. Viendo lo qual el Duque, la Duquesa y Don Quixote se adelantáron obra de doce pasos á recebirla. Ella puestas las rodillas en el suelo, con voz ántes basta y ronca que sutil y delicada, dixo: vuestras grandezas sean servidas de no hacer tanta cortesía á este su criado, digo á esta su criada, porque segun soy de dolorida, no acertaré á responder á lo que debo, á causa que mi extraña y jamas vista desdicha me ha llevado el entendimiento no sé adonde, y debe de ser muy léjos, pues quanto mas le busco ménos le hallo. Sin él estaria, respondió el Duque, señora Condesa, el que no descubriese por vuestra persona vuestro valor, el qual sin mas ver es merecedor de toda la nata de la cortesía, y de toda la flor de las bien criadas ceremonias: y levantándola de la mano, la llevó á asentar en una silla junto á la Duquesa, la qual la recibió asimesmo con mucho comedimiento. Don Quixote callaba, y Sancho andaba muerto por ver el rostro de la Trifaldi, y de alguna de sus muchas dueñas; pero no fué posible, hasta que ellas de su grado y voluntad se descubriéron. Sosegados todos y puestos en

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

silencio estaban esperando quien le habia de romper, y fué la Dueña Dolorida con estas palabras : confiada estoy, señor poderosísimo, hermosísima señora, y discretísimos circunstantes, que ha de hallar mi cuitísima en vuestros valerosísimos pechos acogimiento, no ménos plácido que generoso y doloroso, porque ella es tal que es bastante á enternecer los mármoles, y á ablandar los diamantes, y á molificar los aceros de los mas endurecidos corazones del mundo; pero ántes que salga á la plaza de vuestros oidos, por no decir orejas, quisiera que me hicieran sabidora, si está en este gremio, corro y compañía el acendradísimo Caballero Don Quixote de la Manchísima y su escuderísimo Panza. El Panza, ántes que otro respondiese, dixo Sancho, aquí está, y el Don Quixotísimo asimesmo, y así podréis, dolorosísima dueñísima, decir lo que quisieredísimis, que todos estamos prontos y aparejadísimos á ser vuestros servidorísimos. En esto se levantó Don Quixote, y encaminando sus razones á la Dolorida Dueña, dixo : si vuestras cuitas, angustiada señora, se pueden prometer alguna esperanza de remedio por algun valor ó

fuerzas de algun andante caballero, aquí están las mias, que aunque flacas y breves, todas se emplearán en vuestro servicio. Yo soy Don Quixote de la Mancha, cuyo asunto es acudir á toda suerte de menesterosos : y siendo esto así, como lo es, no habeis menester, señora, captar benevolencias, ni buscar preámbulos, sino á la llana y sin rodeos decir vuestros males, que oidos os escuchan que sabrán, si no remediarlos, dolerse dellos. Oyendo lo qual la Dolorida Dueña, hizo señal de querer arrojarse á los pies de Don Quixote, y aun se arrojó, y pugnando por abrazárselos, decia : ante estos pies y piernas me arrojo, ó caballero invicto, por ser los que son basas y colunas de la andante caballería : estos pies quiero besar, de cuyos pasos pende y cuelga todo el remedio de mi desgracia. ¡Ó valeroso andante, cuyas verdaderas fazañas dexan atras y escurecen las fabulosas de los Amadises, Esplandianes y Belianises ! Y dexando á Don Quixote, se volvió á Sancho Panza, y asiéndole de las manos le dixo : ¡ó tú el mas leal escudero que jamas sirvió á caballero andante en los presentes ni en los pasados siglos, mas luengo en bondad que

la barba de Trifaldin mi acompañador, que está presente! bien puedes preciarte, que en servir al gran Don Quixote, sirves en cifra á toda la caterva de caballeros que han tratado las armas en el mundo. Conjúrote, por lo que debes á tu bondad fidelísima, me seas buen intercesor con tu dueño, para que luego favorezca á esta humilísima y desdichadísima Condesa. Á lo que respondió Sancho: de que sea mi bondad, señora mia, tan larga y grande como la barba de vuestro escudero, á mí me hace muy poco al caso: barbada y con vigotes tenga yo mi alma quando desta vida vaya, que es lo que importa, que de las barbas de acá, poco ó nada me curo; pero sin esas socaliñas ni plegarias yo rogaré á mi amo (que sé que me quiere bien, y mas agora que me ha menester para cierto negocio) que favorezca y ayude á vuesa merced en todo lo que pudiere: vuesa merced desembaule su cuita y cuéntenosla, y dexe hacer, que todos nos entenderémos. Reventaban de risa con estas cosas los Duques, como aquellos que habian tomado el pulso á la tal aventura, y alababan entre sí la agudeza y disimulacion de la Trifaldi, la qual volviéndose á sentar, dixo: del famoso Reyno de Candaya, que cae entre la gran Trapobana y el mar del Sur, dos leguas mas allá del Cabo Comorin, fué señora la Reyna Doña Maguncia, viuda del Rey Archipiela, su señor y marido, de cuyo matrimonio tuviéron y procreáron á la Infanta Antonomasia, heredera del Reyno, la qual dicha Infanta Antonomasia se crió y creció debaxo de mi tutela y doctrina, por ser yo la mas antigua y la mas principal dueña de su madre. Sucedió pues que, yendo dias y viniendo dias, la niña Antonomasia llegó á edad de catorce años, con tan gran perfeccion de hermosura, que no la pudo subir mas de punto la naturáleza. Pues digamos agora que la discrecion era mocosa: así era discreta como bella, y era la mas bella del mundo, y lo es, si ya los hados invidiosos y las parcas endurecidas no la han cortado la estambre de la vida; pero no habrán, que no han de permitir los cielos que se haga tanto mal á la tierra, como seria llevarse en agraz el racimo del mas hermoso veduño del suelo. Desta hermosura, y no como se debe encarecida de mi torpe lengua, se enamoró un número infinito de Príncipes, así naturales como

extrangeros, entre los quales osó levantar los pensamientos al cielo de tanta belleza un caballero particular que en la Corte estaba, confiado en su mocedad y en su bizarría, y en sus muchas habilidades y gracias y facilidad y felicidad de ingenio, porque hago saber á vuestras grandezas, si no lo tienen por enojo, que tocaba una guitarra que la hacia hablar, y mas que era poeta y gran baylarin, y sabia hacer una jaula de páxaros, que solamente á hacerlas pudiera ganar la vida, quando se viera en extrema necesidad: que todas estas partes y gracias son bastantes á derribar una montaña, no que una delicada doncella. Pero toda su gentileza y buen donayre, y todas sus gracias y habilidades fueran poca ó ninguna parte para rendir la fortaleza de mi niña, si el ladron desuellacaras no usara del remedio de rendirme á mí primero. Primero quiso el malandrin y desalmado vagamundo grangearme la voluntad y coecharme el gusto, para que yo mal Alcayde le entregase las llaves de la fortaleza que guardaba. En resolucion, él me aduló el entendimiento y me rindió la voluntad con no sé que dixes y brincos que me dió. Pero lo que mas me

hizo postrar y dar conmigo por el suelo, fuéron unas coplas que le oí cantar una noche desde una reja que caia á una callejuela donde él estaba, que, si mal no me acuerdo, decian:

De la dulce mi enemiga
nace un mal que al alma hiere,
y por mas tormento quiere,
que se sienta y no se diga (1).

Parecióme la trova de perlas y su voz

---

(1) Esta copla es traducida de la que escribio Serafino Aquilano, la qual se lee así en el original:

Da la dolce mia nimica
Nasce un duol ch'esser non suole:
E per piu tormento vole
Che se senta, e non se dica.

El segundo verso quiere decir literalmente *nace un dolor, que no suele haberle tal*, ó que igual no tiene, esto es, no comun, excesivo. Cervantes le perifraseó diciendo.

Nace un mal, que al alma hiere.

Lope de Vega en el prologo de su *Isidro* traslada esta copla, ponderando lo sentencioso de las redondillas españolas, que procuraron imitar los italianos; y la copia así:

Da la dolce mia nimica
Nasce un duol che ser non solue:
E per piu tormento vole
Che si senta é non si dica.

Ademas de llamar Lope *Aquilino* á Serafino, y no

de almíbar, y despues acá, digo desde entónces, viendo el mal en que caí por estos y otros semejantes versos, he considerado que de las buenas y concertadas Repúblicas se habian de desterrar los poetas, como aconsejaba Platon, á lo ménos los lascivos, porque escriben unas coplas, no como las del Marques de Mantua, que entretienen y hacen llorar los niños y á las mugeres, sino unas agudezas que á modo de blandas espinas os atraviesan el alma, y como rayos os hieren en ella, dexando sano el vestido. Y otra vez cantó:

Aquilano, que era su apellido verdadero, se notan en esta copia tres defectos de ortografia. I. *solue* por *suole*: II. *si* senta por *se* senta: III, *si* dica por *se* dica. Apostol Zeno censura no sin alguna acrimonia la confusion, con que monseñor Justo Fontanini refiere las muchas ediciones de este antiguo poeta italiano; y dice que la primera se imprimio *In Venezia, per maestro Manfrino de Monferrá. M.CCCCC.II* (1502) *a di XXIIII de Decembrio*, in 8. *edizione I.* Pero le engañó el impresor con la expresion de *primera edicion;* pues por lo demas se publicó la primera vez *in Roma, per maestro Ioanni de Besicken, nel anno de la incarnatione del nostro Segnore: M.CCCCC.II. a di XXIX di Nouembre, nel pontificato del N. S. Alexandro Papa VI. Anno undecimo*, *en* 4. De esta rarisima edicion, que se halla en la Real Biblioteca, no tuvo noticia aquel famoso critico. (*Biblioteca dell' Eloquenza Italiana*, con notas de Apostol Zeno: tom. I, pag. 429.)

Ven, muerte, tan escondida,
que no te sienta venir,
porque el placer del morir
no me torne á dar la vida (1).

Y deste jaez otras coplitas y estrambotes, que cantados encantan y escritos suspenden. ? Pues que quando se humillan á componer un género de verso, que en Candaya se usaba entónces, á quíen ellos llamaban seguidillas? Allí era el brincar de las almas, el retozar de la risa, el desasosiego de los cuerpos, y finalmente el azogue de todos los sentidos. Y así digo, señores mios, que los tales trovadores con justo título los debian desterrar á las Islas de los lagartos (2). Pero no tienen ellos la culpa, sino los simples que los alaban y las bobas que los creen: y si yo fuera la buena

---

(1) El primer autor de esta redondilla fue el comendador Escribá, que la compuso en estos términos:

Ven, muerte, tan escondida,
Que no te sienta conmigo;
Porque el gozo de contigo
No me torne á dar la vida.

(Biblioteca Real: est. M.) Otro poeta la mejoró despues, disponiéndola en la forma que la cita y adopta Cervantes.

(2) Esto es, islas despobladas. Así se llamaban estas se-

dueña que debia (1), no me habian de mover sus trasnochados conceptos, ni habia de creer ser verdad aquel decir : vivo muriendo, ardo en el yelo, tiemblo en el fuego, espero sin esperanza, pártome y quédome, con otros imposibles desta ralea de que están sus escritos llenos. ¿Pues que, quando prometen el Fénix de Arabia, la corona de Ariadna, los caballos del Sol, del Sur las perlas, de Tíbar el oro, y de Pancaya el bálsamo? Aquí es donde ellos alargan mas la pluma, como les cuesta poco prometer lo que jamas piensan ni

---

gun Antonio de Torquemada, que en el *Jardin de Flores:* pag. 108, dice : *Una muger cometio un delicto muy grave, por el ual fue condenada en destierro para una isla deshabitada, de las que comunmente llaman* las islas de los Lagartos.

(1) Era con efecto el principal encargo de las dueñas en las casas de los señores el cuidar de sus hijas, cuyo cuidado y vigilancia llevaban mal estas, y por eso cantaban contra ellas una seguidilla de eco de las inventadas en tiempo de Cervantes, que decia :

Como somos niñas,
Somos traviesas ;
Y por eso nos guardan, ardan,
Tanto las dueñas.

(*Gramatica Castellana* de Gonzalo Correas. Biblioteca Real : est. V. cod. 262, f. 160. b.)

pueden

pueden cumplir. ¿Pero donde me divierto? ¡Ay de mí desdichada! ¿que locura ó que desatino me lleva á contar las agenas faltas, teniendo tanto que decir de las mias? ¡Ay de mí otra vez sin ventura! que no me rindiéron los versos, sino mi simplicidad : no me ablandáron las músicas, sino mi liviandad : mi mucha ignorancia y mi poco advertimiento abriéron el camino y desembarazáron la senda á los pasos de Don Clavijo, que este es el nombre del referido caballero : y así siendo yo la medianera, él se halló una y muy muchas veces en la estancia de la por mí, y no por él engañada Antonomasia, debaxo del título de verdadero esposo, que aunque pecadora, no consintiera que sin ser su marido la llegara á la vira de la suela de sus zapatillas. No, no, eso no : el matrimonio ha de ir adelante en qualquier negocio destos que por mí se tratare. Solamente hubo un daño en este negocio, que fué el de la desigualdad, por ser Don Clavijo un caballero particular, y la Infanta Antonomasia heredera, como ya he dicho, del Reyno. Algunos dias estuvo encubierta y solapada en la sagacidad de mi recato esta maraña, hasta que me pareció que

la iba descubriendo á mas andar no sé que hinchazon del vientre de Antonomasia, cuyo temor nos hizo entrar en bureo á los tres, y salió dél, que ántes que se saliese á luz el mal recado, Don Clavijo pidiese ante el Vicario por su muger á Antonomasia, en fe de una cédula que de ser su esposa la Infanta le habia hecho, notada por mi ingenio, con tanta fuerza, que las de Sanson no pudieran romperla. Hiciéronse las diligencias, vió el Vicario la cédula, tomó el tal Vicario la confesion á la señora: confesó de plano, mandóla depositar en casa de un alguacil de corte muy honrado. Á esta sazon dixo Sancho: ¿tambien en Candaya hay alguaciles de corte, poetas y seguidillas? por lo que puedo jurar que imagino que todo el mundo es uno; pero dese vuesa merced priesa, señora Trifaldi, que es tarde, y ya me muero por saber el fin desta tan larga historia. Sí haré, respondió la Condesa.

CAPÍTULO XXXIX.

Donde la Trifaldi prosigue su estupenda y memorable historia.

De qualquiera palabra que Sancho decia, la Duquesa gustaba tanto, como se desesperaba Don Quixote, y mandándole que callase, la Dolorida prosiguió, diciendo: en fin al cabo de muchas demandas y respuestas, como la Infanta se estaba siempre en sus trece, sin salir ni variar de la primera declaracion, el Vicario sentenció en favor de Don Clavijo y se la entregó por su legítima esposa, de lo que recibió tanto enojo la Reyna Doña Maguncia, madre de la Infanta Antonomasia, que dentro de tres dias la enterrámos. Debió de morir sin duda, dixo Sancho. Claro está, respondió Trifaldin, que en Candaya no se entierran las personas vivas, sino las muertas. Ya se ha visto, se-

ñor escudero, replicó Sancho, enterrar un desmayado, creyendo ser muerto, y parecíame á mí, que estaba la Reyna maguncia obligada á desmayarse ántes que á morirse, que con la vida muchas cosas se remedian, y no fué tan grande el disparate de la Infanta, que obligase á sentirle tanto. Quando se hubiera casado esa señora con algun page suyo, ó con otro criado de su casa, como han hecho otras muchas, segun he oido decir, fuera el daño sin remedio; pero el haberse casado con un caballero tan gentilhombre y tan entendido como aquí nos le han pintado, en verdad, en verdad, que aunque fué necedad, no fué tan grande como se piensa, porque segun las reglas de mi señor, que está presente y no me dexará mentir, así como se hacen de los hombres letrados los Obispos, se pueden hacer de los caballeros, y mas si son andantes, los Reyes y los Emperadores. Razon tienes, Sancho, dixo Don Quixote, porque un caballero andante, como tenga dos dedos de ventura, está en potencia propinqua de ser el mayor señor del mundo. Pero pase adelante la señora Dolorida, que á mí se me trasluce, que le falta por contar lo amargo

desta hasta aquí dulce historia. Y como si queda lo amargo, respondió la Condesa, y tan amargo, que en su comparacion son dulces las tueras, y sabrosas las adelfas. Muerta pues la Reyna, y no desmayada, la enterrámos, y apénas la cubrímos con la tierra, y apénas le dímos el último vale, quando *¿quis talia fando temperet á lacrymis* (1)? puesto sobre un caballo de madera, pareció encima de la sepultura de la Reyna el gigante Malambruno, primo cormano de Maguncia, que junto con ser cruel era encantador, el qual con sus artes, en venganza de la muerte de su cormana, y por castigo del atrevimiento de

---

(1) El pasage entero de Virgilio, cuya autoridad alega aquí Cervantes, dice así:

. . . . . Quis talia fando
Myrmidonum, Dolopumve, aut duri miles Ulyssis,
Temperet à lacrymis?

Cuyos versos, ajustado á la letra traduxo así Don Tomas Iriarte:

Pues qué soldado habra del duro Ulises,
Qué Mirmidon, ó Dolope, que pueda,
Al recordarlas, contener el llanto?

Eneida: lib. II, vers. 6.)

Don Clavijo, y por despecho de la demasía de Antonomasia los dexó encantados sobre la mesma sepultura, á ella convertida en una ximia de bronce, y á él en un espantoso cocodrilo de un metal no conocido, y entre los dos está un padron asimesmo de metal, y en él escritas en lengua siriaca unas letras, que habiéndose declarado en la candayesca, y ahora en la castellana, encierran esta sentencia: *No cobrarán su primera forma estos dos atrevidos amantes, hasta que el valeroso Manchego venga conmigo á las manos en singular batalla, que para solo su gran valor guardan los hados esta nunca vista aventura.* Hecho esto, sacó de la vayna un ancho y desmesurado alfange, y asiéndome á mí por los cabellos hizo finta (1) de querer segarme la gola (2) y cortarme á cercen la cabeza. Turbéme, pegóseme la voz á la garganta, quedé mohina en todo extremo; pero con todo me esforcé lo mas que pude, y con voz tembladora y doliente le dixe tantas y

(1) Fingio, aparentó.

(2) La garganta.

tales cosas, que le hiciéron suspender la execucion de tan riguroso castigo. Finalmente hizo traer ante sí todas las dueñas de Palacio, que fuéron estas que están presentes, y despues de haber exâgerado nuestra culpa, y vituperado las condiciones de las dueñas, sus malas mañas y peores trazas, y cargando á todas la culpa que yo sola tenia, dixo que no queria con pena capital castigarnos, sino con otras penas dilatadas que nos diesen una muerte civil y continua; y en aquel mesmo momento y punto que acabó de decir esto, sentímos todas, que se nos abrian los poros de la cara, y que por toda ella nos punzaban como con puntas de agujas. Acudímos luego con las manos á los rostros, y hallámonos de la manera que ahora veréis: y luego la Dolorida y las demas dueñas alzáron los antifaces con que cubiertas venian, y descubriéron los rostros todos poblados de barbas, quales rubias, quales negras, quales blancas y quales albarrazadas, de cuya vista mostráron quedar admirados el Duque y la Duquesa, pasmados Don Quixote y Sancho, y atónitos todos los presentes: y la Trifaldi prosiguió: desta manera nos castigó aquel

follon y mal intencionado de Malambruno, cubriendo la blandura y morbidez de nuestros rostros con la aspereza destas cerdas, que pluguiera al cielo, que ántes con su desmesurado alfange nos hubiera derribado las testas, que no que nos asombrara la luz de nuestras caras con esta borra que nos cubre: porque si entramos en cuenta, señores mios, (y esto que voy á decir agora lo quisiera decir hechos mis ojos fuentes; pero la consideracion de nuestra desgracia, y los mares que hasta aquí han llovido, los tienen sin humor y secos como aristas, y así lo diré sin lágrimas) digo pues que ¿adonde podrá ir una dueña con barbas? ¿que padre ó que madre se dolerá de ella? ¿quien la dará ayuda? pues aun quando (1) tiene la tez lisa y el rostro martirizado con mil suertes de menjurges y mudas, apénas halla quien bien la quiera, ¿que hará quando descubra hecho un bosque su rostro? ¡Ó dueñas y compañeras mias! en desdichado punto nacímos, en

(1) Así en la primera edicion y en las demas; pero mejor se diria: *pues si, aun quando*, como se leeria tal vez en el original del autor.

hora menguada nuestros padres nos engendráron: y diciendo esto, dió muestras de desmayarse.

CAPÍTULO XL.

De cosas que atañen y tocan á esta aventura y á esta memorable historia.

Real y verdaderamente todos los que gustan de semejantes historias como esta, deben de mostrarse agradecidos á Cide Hamete su autor primero, por la curiosidad que tuvo en contarnos las semínimas della, sin dexar cosa por menuda que fuese que no la sacase á luz distintamente. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde á las tácitas, aclara las dudas, resuelve los argumentos, finalmente los átomos del mas curioso deseo manifiesta. ¡Ó autor celebérrimo! ¡Ó Don Quixote dichoso! ¡Ó Dulcinea famosa! ¡Ó Sancho Panza gracioso! Todos juntos, y cada uno